



*risto en mi lugar”
(Alberto Hurtado)*

“SOTÍN, SOTÍN...”

Vol. I,

23 de Diciembre de 2006

VICENTE AGUSTÍN SOTA BARROS

“Qué haría Cristo en mi lugar”

(San Alberto Hurtado)

“Sotín, Sotín...”

Los primeros años del Tata “Vicho”

Vol. I.

25 de Diciembre de 2006

1.- El inicio

Recuerdos. (Julio 1966)

"El nacimiento de mi tercer hijo, Vicente Agustín, bautizado con los nombres de los santos de mi mayor devoción, el 28 de Abril de 1924, día Viernes, a las tres de la tarde, en mi casa. Con todas las fuerzas de mi alma imploro al Sagrado Corazón de Jesús que mi hijito llegue con felicidad... asoman unas patitas moradas muy diminutas. Veo con mis ojos los piecitos trepidando, indecisos: '¿salgo o no salgo!...', '¿Cómo me irá a ir al llegar al pícaro mundo?.' Al instante se oye un gemidito más sonoro y ya como llantito. ¡Qué felicidad tan inmensa verlo ya vivito, muy flaquito, poquita cosa y tan hombrecito..., tan diminuto y desganadito y soñoliento...! ¡Señor, pudiera ser un hombre de bien, un cristiano...!"

(Extracto de páginas de un cuaderno que mi madre, doña Teresa Barros Moreira, escribió especialmente para su nieto Luis Alberto).

.....

Mi padre, don Ernesto Sota Alvarez, era -para mi nacimiento- juez de Talca. En 1927, bajo la dictadura de Ibáñez, sus antecedentes alessandristas fueron suficientes para hacerle salir de la judicatura.

En el estado de aflicción en que se encontraba para enfrentar la cesantía, recibió la amistosa ayuda de su compañero de la Escuela de Leyes, Armando Jaramillo. Este, (de quien se decía que era el delfín de don Arturo Alessandri Palma), tenía un fundo en Nancagua y ofreció a su amigo Ernesto hacerse cargo de la administración del predio.

Así fue como los cuatro niños Sota Barros iniciaron su experiencia de campesinos, siempre cuidados por la fidelísima Nana Paula Valdebenito.

Parece increíble, pero yo -niño de tres años- guardo un recuerdo imborrable del fundo "El Cardal": mi Nana tuvo la ocurrencia de ensillar un chanco y de montarme arriba; el "corcel" partió disparado y yo casi caí a un canal. Juro que hasta hoy me veo cabalgando en el marrano y llorando a mas no poder para bajarme...

Al año siguiente -1928- la familia se trasladó a Santiago, a la parcela de un hermano de mi padre, el tío Arturo, en el camino a Puente Alto. Allí otra vez tengo la vívida memoria de otra

escena ecuestre: la Nana Paula, de nuevo la Nana Paula puso montura a la yegüita Mampata "La Marquesa" y me colocó encima; el manso animalito rozó las verijas con unas ramas y de un solo brinco despidió al jinete por el aire, con la mala suerte de hacerle caer en unos alambres de púa que le hirieron la cabeza. El infortunado fue recogido por unos automovilistas que pasaban por el lugar y llevado a la Asistencia Pública donde se cosió la herida que el autor muestra junto a la sien derecha.

2.- Cueto 255

Es de la antigua casa del barrio Portales, en el sector poniente de Santiago Centro, que yo tengo mis recuerdos de niño de cinco años. La calle se llamaba General Körner (como el General que traicionó al Presidente Balmaceda, antecesor de otro General que también traicionó a un Presidente de la República)... pero con muy buen criterio la Municipalidad le cambió nombre por el de un desconocido ciudadano de apellido Cueto, a poco llegar mi familia a establecerse en ella.

La casa tenía siete piezas y allí alojábamos padre y madre, cuatro hermanos, la Nana Paula y el maestro Eduardo, su marido. Había dos patios y yo jugaba a las bolitas en el primero; limitábamos, muralla con muralla con el Teatro Novedades y mi hermano mayor intentaba taladrarlas para poder ver gratis las películas de Cow-boys de Tom Mix.

Estoy tratando de sacar las bolitas que se me han caído a través de una rejilla al desagüe del patio. Escucho el vozarrón de mi padrino, el tío Vicho Méndez, que viene en mi ayuda: levanta la tapa de fierro y me va sacando las bolitas de cristal que había perdido.

Cuando en los años treinta vino la crisis salitrera a raíz del derrumbe financiero de Estados Unidos que arrastró a todo el mundo, se produjo en Chile una enorme cesantía, agravada por una epidemia cruel de tifus exantemático que atacaba ciertamente a los más pobres, a los que vivían en las condiciones sanitarias más deficientes. En esa situación, la "señorita" Teresa Barros junto a otras apostólicas "colegas", de la Conferencia de San Vicente de Paul, participó en la organización de las "Ollas del Pobre" que, establecidas en las Parroquias del sector, daban comida a los menesterosos.

La tarea se hacía más necesaria cuando comenzaron a llegar a Santiago los miles de mineros despedidos de sus "pegas" por el cierre de las Oficinas Salitreras. En ese entonces, por largos meses yo casi no veía a mi madre en la casa, ocupada como ella estaba en sus afanes de caridad.

Mi padre no ponía obstáculos a la acción social de la dueña de casa. Tampoco le oí rezongar por las comidas no estuviesen a tiempo, porque la Nana Paula suplía a la patrona con enorme eficiencia. Don Ernesto vivía encerrado en su pieza estudiando documentos que le permitieran descubrir el origen en Chile de sus familia paterna y materna.

Abogado titulado el 5 de Enero de 1916 según, se lee en el hermoso diploma expedido por la Corte Suprema que ocupa un lugar de honor en mi escritorio, don Ernesto se desempeñaba como juez en Talca.

El papá era estricto y en la casa había mucho orden, de modo que cuando mi hermana Natalia enfermó de cuidado, él estimó que debería imponerse el mayor silencio en las cercanías de su pieza. Consecuentemente con ello se dispuso enviarme, a pesar de mis cortos cinco años al Colegio Infantil de las señoritas Lanús para que desahogara allí mis ruidosas energías.

3.- Las Señoritas Lanas

Un día, tomado de la mano de mi mamá llegué al Colegio Infantil de las señoritas Lanas situado a dos cuadras y media de mi casa, en la calle Catedral entre Cueto y Sotomayor.

El establecimiento debe haber tenido prestigio en el barrio pues allí encontré a prácticamente todos los niños del vecindario que yo conocía. Quedé matriculado en Primera Preparatoria con unos veinte compañeros y compañeras y bajo la directa tuición de la señorita Amelia, que además, era la Directora de la Escuela.

El local era una casona de seis grandes piezas, dos de ellas daban a la calle Catedral, y dos enormes patios embaldosados, las clases de ocho y media de la mañana a doce y media y, en la tarde, de dos y media a cinco. Había que usar un delantal café claro como uniforme y se exigía una gran limpieza personal... (uno de mis primos Moreira se vio sometido a un lavado de pies en plena clase por presentarse reiteradamente desaseado...).

Allí aprendí mis primeras letras en el "Silabario Matte", el olor de cuyas páginas amarillentas todavía conservo en mis narices; allí aprendí las rondas infantiles con letra de Gabriela Mistral; allí recibí las primeras clases de Religión que daba la señorita Virginia y allí también recibí los primeros retos en público -delante de toda la clase, porque la profesora Enoé se molestó al saber que yo había contado a mis compañeros que la había visto pololeando en la Plaza Brasil...

Fueron cuatro años -de 1930 a 1933- que recuerdo con cariño y durante los que recibí una preparación que se demostró bien adecuada para proseguir los estudios de humanidades en el Colegio San Ignacio.

Es bueno consignar, para no olvidar los nombres de los compañeros de entonces: Carlos Echeverría - después oficial de Ejército -, el Lalo D' Hainaut - oficial de la Armada -, ayudante del golpista Almirante Merino y hermano de nuestro amigo del exilio francés Jean D' Hainaut, Renato (Tato) Strappa, Eugenio Guzmán Frontaura . De "ellas" sólo me acuerdo de la Valeria von Boden.

4.- Las vacaciones.

A pesar de ser la nuestra una familia de recursos limitados -yo nunca supe cuanta era la jubilación de mi padre- dispusimos algunas veces de los medios suficientes para salir en el Verano fuera de Santiago:

CARTAGENA. Yo estaría por cumplir cinco años y mi memoria se limita a revivir una fotografía en donde mis hermanas Tala y Teresita están sentadas en la playa, en traje de baño, tomadas de una cuerda que penetraba en el mar. No veo mucha gente en Playa Grande y supongo que llegamos al balneario en el tren que partía desde la Estación Central.

FUNDO "EL DURAZNO". Creo que sería en 1930, a raíz de la crisis mundial que repercutió duramente en Chile, la tía Rosita Rodríguez Barros nos invitó a toda la familia a su fundo en Las Cabras. Recibíamos el regaloneo de la Rosita, nuestra prima mayor, que me impresiona por su notable belleza ..(después, cuando jovencito mostré un sentido estético muy desarrollado)...

La memoria tiene que ver con ,terneros, chupallas de paja, y la impresión que nos causaba saber que uno de los hermanos de la Rosita había muerto al caer de un caballo en el que echaba carrera.

FUNDO "LA MARQUESA", en Leyda. La íntima amiga de mi mamá y compañera de curso en las Monjas Inglesas del Sagrado Corazón, la señora María Marín viuda de Larraín, nos invitó en 1933 a toda la familia. No puedo rememorar nada especial, salvo que nuestras amigas de juegos, la Sylvita y la Ximena Larraín serían después, hermosas niñas de mi generación.

PAPUDO. 1934. Tomando en la Estación Mapocho el tren a Valparaíso había que hacer combinación en La Calera y subir al ramal que conducía a Papudo. Allí mi papá arrendó dos piezas en una Pensión. Los tabiques que separaban las piezas eran muy delgados y se oían las groserías que hablaban los pasajeros de la habitación del lado de la que ocupábamos los niños. Mi papá se indignaba y gritaba a los vecinos: "¡aquí hay gente que no puede oír ese vocabulario ; "

El principal recuerdo es del viaje en tren (supongo que en Tercera Clase)

EL VOLCAN. 1935. En la Plaza Italia, donde hoy comienza el Parque Bustamante, existía la Estación de Pirque. Allí se iniciaba el viaje en tren hasta Puente Alto y allí se trasbordaba al Ferrocarril Militar - de trocha angosta - que conducía hasta El Volcán. Este era un pequeño poblado andino en el nacimiento del Cajón del Maipo, ubicado en la ribera Norte del río del mismo nombre y situado cerca de minas de yeso.

La idea de ir a este paraje era de mi papá; él tenía la intención de subir a la Cordillera a cazar guanacos y se reunía con un pequeño grupo de argentinos a quienes no conocíamos y a los que no veríamos después del veraneo. La abundante caza proveía a la familia de charqui para todo el año y de pieles que por largo tiempo permanecían arrumbadas en nuestra casa de Santiago.

Allí alojábamos en una Pensión que estaba cerca de un pequeño galpón que servía de Teatro y cuyas puertas permanecían abiertas. En este local conocí un auto-piano que funcionaba con unos cilindros en los que estaban inscritas las piezas de música que se deseaba escuchar; el principal uso que le daban a este instrumento era para acompañar las películas mudas que se exhibían en el galpón-teatro.

Veinte años más tarde - en 1955 - volvería al Volcán, casado y con Luis Alberto gülagüita. Veo al niño asomado a la ventana del tren en brazos de la Nana Rosa. El querido amigo y colega Sergio Hevia, a la sazón Administrador de una importante mina de yeso de la región, nos había invitado a pasar unos días en su casa y gozábamos en ella de una soleada piscina.

CONCÓN . En las vacaciones de los años 36 y 37 fui invitado por la tía Chabela a la casa que

los Llona Barros tenían en la subida del Hotel Navarro. El motivo que se daba era que yo servía para acompañar y jugar con "Marquitos", el menor de esa familia.

Allí me encontraba con Andrés Prado mi amigo íntimo y compañero del colegio y con los mellizos Garretón formando un grupo que elevaba volantines en las dunas del balneario. Un recuerdo imborrable es que el viaje desde Santiago se hacía en un Citroen que manejaba el tío Cucho Llona y que en la "recta" de Casablanca, corría a 100 km/hora; esto daba para ser contado como una hazaña en el colegio y adquirir cierto status por ello.

FUNDO DEPUN. Provincia de Talca. Un casual encuentro con familiares de la señora Sara Letelier viuda de Letelier renovó la amistad y el parentesco que mi padre tenía con esa anciana y acaudalada dama talquina. En las visitas de mi mamá a la señora Sara, que vivía en calle García Reyes, derivaron en una invitación a nuestra familia para pasar las vacaciones en el fundo que la dama poseía en la zona talquina cercana a Curepto. El primer viaje se efectuó en 1938 y se repitió hasta la muerte de la señora Sarita, diez años más tarde.

El viaje comenzaba en la Estación Central y toda la familia se acomodaba en un carro de Tercera Clase. (Allí uno pasaba el peligro de encontrar algún compañero de colegio que, seguramente, viajaría en Primera Clase, causándome la vergüenza correspondiente). El trayecto hasta Curicó duraría unas tres horas y allí había que trasbordar al ramal que conducía a Hualañe, bordeando el río Mataquito.

Llegados, después de dos horas, se arrendaba un auto Ford antiguo y se proseguía por camino de tierra durante una hora en la ruta a Iloca. Pasado el lugar llamado Lora, donde había una Estafeta de Correos, se ingresaba a unos potreros que dan al río. Aquí se descargaba el auto y se pasaban los bultos a un bote cuyo botero, don Pacífico Núñez -don "Pache"- había sido prevenido de nuestra llegada porque la señora Sarita había recibido la carta anunciando la fecha y hora de nuestro arribo.

Se atravesaba el río y se llegaba a la orilla opuesta al borde de la cual estaba acuatada una carreta tirada por dos bueyes, se cargaban los bultos, se acomodaba mi mamá y los demás caminábamos las cuatro cuerdas que nos separaban de la antigua casa patronal. Allí nos estaba esperando, sentada en amplio sillón en el corredor, la señora Sarita; vestida de negro, su blanca cabellera y su albo rostro eran signos de su prestancia señorial.

Los recuerdos son muy duraderos y dan para un resumen lleno de gratitud de las maravillosas experiencias vividas en Depun y en sus alrededores:

Las Misiones. La señora Sarita encontró en mi mamá la persona ideal para ayudarle en la organización y realización de esta tarea religiosa que marcaba con sello distintivo las dos semanas que duraba. Bautismos, Confesiones, Primeras Comuniones, Misas, constituían el trabajo del misionero español del Corazón de María de Curicó, que cada año traía la señora. En las tardes había Catecismo y Bendición con el Santísimo.

Mi mamá dirigía las oraciones y yo -Vicentito- era el monaguillo. Las prédicas del cura eran elevadas: "Decidme hijos ¿cómo se va al cielo?". Y respondía el "Petaca", un peón con cara de pillo: "en avión Padre...". Alguna vez el cura trató de explicar la "ciencia infusa" de que está dotado Dios.

Pero un año sucedió algo extraordinario: el Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz, vino a dar las Misiones.

Una caravana a caballo fuimos a esperarlo a la estación de Hualañe, escoltando un coche tirado por dos caballos, especialmente preparado para la ocasión.

Don Manuel, íntimo amigo y compañero de colegio del Padre Hurtado, era una personalidad muy atrayente y hablaba a los campesinos en un lenguaje sencillo. Refiriéndose al castizo idioma de los curas españoles, inentendible para los huasos, nos contaba que en el trayecto en coche desde Hualañe, el cura godo que le acompañaba, asustado porque el victoria iba muy ligero le gritaba al cochero: "AURIGA, NO FUSTIGUES LOS CORCELES..."

Don Manuel trajo curas norteamericanos a las Parroquias de su Obispado. El de Curepto, distante dos horas a caballo desde Depun, jugaba basketball con las niñas de la Acción Católica. Un día, estando el sacerdote gringo de visita en nuestra casa, almorzando en el inmenso comedor patronal escuchaba a la señora Sarita preguntarle: "Su Reverencia ¿le gustan las empanadas?" y el Reverendo respondía en su enredado castellano: "Oh, sí, a mí gustarme las empleadas..."

5.- El colegio San Ignacio

"Cabro nuevo"

Sería una mañana del mes de Marzo de 1934. Mi mamá, siempre mi mamá, me llevaba al famoso colegio en el que se había educado su padre don Luis Barros Méndez para intentar que el nieto siguiera sus pasos. El Padre Prefecto Alvaro Lavín Echegoyen nos esperaba en su oficina, prevenido por mi madre que había concertado la entrevista para pedirle que me concediera una beca.

No sé si fueron los argumentos maternales o la emoción que provocaban los sollozos implorantes de mi madre lo que provocó la decisión favorable del sacerdote y **Sotín**, como me llamaría después el Padre Lavín, quedó matriculado como medio-pupilo -almorzando en el colegio- en Primer Año de Humanidades.

Durante cinco años, mi vida de ignaciano transcurriría en la Tercera División en el segundo gran patio, viniendo desde la entrada, donde estaba ubicada la enorme sala de estudio de los externos y medio-pupilos. La entrada era a las ocho y media de la mañana y la salida -si no se cumplía castigo- a las siete de la tarde.

La División era dirigida por el Padre Francisco Delpiano y su ayudante era el Hermano Ildefonso Delgado. El primero era un petiso rubio, con fama de inteligente, (profesor de Matemáticas y de Filosofía) muy seco y exigente (cuando egresamos del colegio supimos que el pobre cura se salió de la Compañía de Jesús y se casó en México, donde murió al poco tiempo). El segundo era su contrapeso, un español simpático y amistoso que cumplió setenta años de permanencia en el colegio.

El curso sería de unos veinticinco alumnos, divididos por mitades en dos bandos: Roma y Cartago, cada cual con su respectiva bandera, roja o azul. Había una competencia permanente entre ambos grupos para contestar adecuadamente las preguntas de los profesores sobre las lecciones de cada día y se anotaba un puntaje según las respuestas de los integrantes de cada partido, de modo que al fin del mes los triunfadores salían al patio en alegre marcha mientras los vencidos permanecían en la sala y debían colocar su bandera boca abajo.

Algunos profesores y compañeros

El profesor de Inglés se llamaba a sí mismo Juan Sin Tierra (en alusión a un rey inglés); el de Ciencias era el Padre Barros (usaba la exclamación "sapristi" para indicar extrañeza antes las respuestas equivocadas de los alumnos); el de Matemáticas y Francés... era don Octavio Laurent ("Paul Sauta, son argent tomba dans un ruiseau et il se mit a pleurer et a crier...") el de Castellano el Padre Vilaplana, un godo gordo y malhumorado que nos enseñó ortografía ("los vahos que exhalan las cloacas...") y el de Gimnasia era el gordo Laurent, jefe -además- de los scouts.

De los compañeros de aquella época mi amigo más íntimo era Pepe Domínguez Ortúzar (muerto muy joven); recuerdo también a Perucho Mira (también muerto muy joven), a Victor Risopatrón -a quien llamábamos a "risopatero" porque le hacía la "pata" a los profesores y que después se hizo cura (fue capellán -coronel de Carabineros y en la época de la dictadura andaba con pistola al cinto, como un pinochetista cualquiera...); la "laucha" Montero era el mejor futbolista, Pepe Legarreta era zurdo y Enrique Covarrubias cabeceaba con estilo.

Al final del primer año tuve, sin embargo, una cruel desilusión. Era época de exámenes y solo alcancé a rendir el de Religión; al presentarme ante la Comisión Examinadora de Castellano - integrada por profesores fiscales de liceos, según era la norma en todos los colegios particulares- fui rechazado por no tener la edad mínima de once años exigida por los reglamentos del Ministerio de Educación. Estoy viendo al Padre Lavín intercediendo ante los examinadores; vano intento y **Sotín** debería repetir el curso y dar un "Examen de Madurez" al año siguiente.

Con el Segundo y Tercer año de Humanidades terminaba el primer ciclo de la Educación Secundaria y yo los aprobé sin nunca "salir mal" en algún examen. Entre mis compañeros hubo dos que a esta altura salieron del colegio y entraron al Noviciado de los Jesuitas: Pepe Correa Valdes y Alfonso Vergara Tagle.

La sala del Cuarto Año B quedaba en el segundo piso frente al patio de la Segunda División. Iniciábamos aquí los tres últimos años de colegio antes de rendir el Bachillerato e ingresar a Universidad.

Corría 1938 y los compañeros eran los mismos de los años anteriores con el agregado de Luis Felipe Cruzat cuyos padres llegaban desde el extranjero y que habría de convertirse en el

número 1 del curso. En Septiembre hubo una deserción: ganó la elección presidencial don Pedro Aguirre Cerda y el papá de Mariano Fontecilla fue nombrado embajador en Brasil; su hijo Mariano le acompañó, iniciando un peregrinaje por el mundo que le induciría -andando los años- a emprender la carrera diplomática.

Esa elección presidencial es la primera de la que yo tenga memoria y solo recuerdo que todos los alumnos estaban con Ross, el candidato de la Derecha. Las excepciones eran Mariano y el rucio Fuchslocher, hijo de radicales sureños. Yo no participé para nada.

"A Ross queremos, a Ross queremos ver triunfar, porque merece, porque merece el sillón presidencial" cantaban sus partidarios con el ritmo de una rumba brasileña. En mi familia la preocupación era de preparar un lugar para acoger a la tía monja María Rosa Barros porque se preveía que el Frente Popular triunfante iniciaría una persecución religiosa semejante a la que había desarrollado en España.

A los catorce años, cumplidos en Abril, yo usaba pantalones de golf (guarda-peos en la jerga estudiantil) y era de los más chicos del curso. **Sotín** era chacotero y mereció ir a pararse en castigo- a la puerta del Padre Prefecto. "Ay **Sotín**, ay **Sotín**" fue el comentario del Padre Lavín, pero nunca ni él ni ningún profesor me echo en cara que un becario debía portarse bien para agradecer el beneficio.

La chacota en clase se ejercía en la de Biología que nos hacía el Padre Ebel. Este hijo de alemanes del Sur de Chile era el colmo de la ingenuidad y hacíamos chistes a su costa. Pajibel, como le decíamos, explicaba las formas de las hojas de las plantas y entre la larga enumeración estaban las oblongadas semejando espadas. El chacotero **Sotín** saltó: "¿y no hay hojas con forma de cañones de artillería, Padre"; aunque la salida fuera fome todo el curso aprovechaba para reírse y hacer desórdenes, pero Pajibel se imponía "¿y qué diría usted amigo Sota si le dijéramos "el cañon Sota"?".

Durante los dos últimos años el "cañon Sota" se portó mal en clase de Biología, apenas sacaba nota de tres o cuatro y fue el único examen en que salió rajado.

Pajibel, el Pipo, Cañas Flores y el termino del Sotín colegial

A la altura de la vida colegial en quinto año de Humanidades se produjo un paréntesis que hay que mencionar. Tal vez por salir de un clima de tensiones producido con mi hermano mayor, se me ocurrió emigrar a la Escuela Naval en Valparaíso. No tuve oposición de mis padres y así, al finalizar con éxito los exámenes de ese año, en Febrero del año siguiente me presenté a este plantel.

Junto con muy pocos concursantes intenté ingresar al 2° curso de la Escuela para el cual había escasas vacantes. Alcancé solamente a pasar el examen dental. Al rendir las pruebas de exigencia física se me hizo pisar con los pies desnudos en una plancha de madera cubierta de tiza en polvo, así se descubrió que tenía pié plano, impedimento absoluto para ser un Oficial de la Armada.

El rechazo me dolió, pero las vacaciones campesinas en el fundo Dépun me sirvieron para aliviar la pena. Muchos años después, siendo yo Presidente de la Comisión de Defensa de la Cámara de Diputados, comentando el hecho con Oficiales de la Marina me hacían bromas diciéndome que de haber sido aceptado en la Escuela me habría tocado ser subordinado del almirante Toribio Merino y participar en el golpe de Pinochet contra Allende... yo les contraatacaba replicándoles que habría dividido a la Armada y habría comandado a la Infantería de Marina para ir en defensa del Presidente.

El Pipo Oyanedel era profesor de Física y su nariz muy pronunciada y afilada era muy semejante a Pipo, el personaje que servía de propaganda a los cigarrillos "Populares". Después fué mi profesor en la U Católica. Cañas Flores era profesor Educación Cívica, aprovechaba su experiencia de ex-diputado conservador. Amanerado para hablar, era hípico. No nos enseñó nada sobre la democracia, limitándose a explicarnos el texto de la Constitución de 1925. (En un curso paralelo en la misma asignatura era profesor Bernardo Lighton; yo lo veía pasar pero no lo conocí personalmente, él era ex-alumno del colegio).

En Francés, Monsieur Ferrando -con su flecha falangista en la solapa- nos enseñaba la lengua de Racine. Yo sacaba el primer premio en ese ramo lo que molestaba a Cruzat que lo hablaba perfectamente.

El "piojo" Montes debía su nombre a que pellizcaba. Era un excelente profesor de Matemáticas; me acompañó al examen de madurez en 1935 y me demostraba afecto (tal vez pensaba que yo era candidato a hacerle compañía en "la Compañía de Jesús...").

En estos años desarrollé mis habilidades de futbolista integrando como wing derecho el equipo del colegio. Siempre ganamos los campeonatos interescolares y entre los jugadores destacados estaban Sergio Levingstone -el después popular "Sapo"- y Rafael Eyzaguirre, ambos de la U Católica.

Me tocó jugar en el Estadio Nacional y quedé muy acomplejado con un espectador de la galería, tal vez impresionado por mis peludas piernas me gritó: "eh, cabro cochino, lávate las patas buh...". Yo hacía ala con Andrés Prado y era tanta nuestra fama que Mario Livingstone hermano del Sapo y directivo del Club de la Católica nos hizo ingresar al equipo juvenil de la universidad.

En Diciembre de 1939 rendí mi Bachillerato con mención en Biología y Química con la intención de estudiar Medicina la prueba se rendía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile situado en Alameda con Cuming cerca de mi casa. Salí aprobado y quedé listo para optar a una carrera universitaria pero no estaba bien seguro a cuál. El doctor Prado, padre de mi íntimo amigo Andrés que sería después el médico que atendería a Carmen Gloria en su primer embarazo viéndonos dudosos a su hijo y a mí nos aconsejó por muchas razones que ingresáramos a la carrera de Ingeniería Química Industrial en la Universidad Católica de Chile. Así lo hicimos.

6.- El Padre Hurtado

La especial relación con él se producía los días Domingo en la tarde cuando nos invitaba a visitar las Poblaciones más pobres. Éramos un grupo no más de diez ignacianos, entre los que no recuerdo ningún solo compañero de curso. Nuestro destino era la Población Velásquez, justo donde ahora se encuentra la tumba de nuestro Santo.

Nos juntábamos en la Alameda frente a la Estación Central y ahí nos subíamos a unos coches tirados por dos caballos que nos llevaban a nuestro destino el barrio se llamaba "La Pila del Ganso", nombrado así por una inmensa fuente de agua con el ave al medio y señalaba una calle de tierra, la actual Avenida General Velásquez, que desembocaba en el botadero de basura de la ciudad de Santiago circundado por el nauseabundo Zanjón de la Aguada.

Nuestra función era de enseñar el Catecismo a los niños de la Población. El primer Domingo que llegamos a nuestra "Tierra de misión" los catecúmenos nos recibieron a pedrada limpia y nosotros los misioneros, recogimos proyectiles para responder a la agresión; rápidamente intervino el Padre Hurtado, que nos acompañaba y nos hizo retirarnos del campo de batalla. Al Domingo siguiente llevábamos paquetes de caramelos y con ellos conquistamos definitivamente a nuestros primitivos agresores... táctica jesuita que también había dado buenos resultados a San Francisco Javier con el Emperador del Japón...

El Padre Hurtado era mi amigo querido y yo tenía mucha confianza con él. Una vez me preguntó: "Vicente, ¿has pensado alguna vez si tienes vocación religiosa?". Yo le respondí "no Padre, fíjese que a mí me gustan mucho las niñas". Entonces, me dijo "no hay más que hablar". Y realmente nunca más me tocó el tema.

Nos veíamos frecuentemente en las "concentraciones" de la Juventud Católica y siempre sus prédicas eran un mensaje que llegaba muy directo al corazón. Amaba a los pobres y por ello es que tuvo la inspiración genial para crear el Hogar de Cristo.

Era un fiel sacerdote jesuita y, por tanto, cuando el Obispo Monseñor Augusto Salinas puso reparos a su acción en la Acción Católica, él tuvo que renunciar a su cargo de Asesor Nacional. Sus amigos llorábamos de impotencia pero él nos pidió tranquilidad y obediencia.

Como colegial no podía predecir que su muerte sería en 1952, justo en los días en que yo me casaba con Carmen Gloria. Fui a verlo en su lecho de enfermo en la Clínica de la Universidad Católica y allí me dijo: "Vichito, ¿te imaginas las "conversas" que voy a tener con mi Padre San Ignacio?" .

El recuerdo del alumno, del universitario y del joven profesional estaría para siempre ligado al de este hombre maravilloso de quien su íntimo amigo, Monseñor Manuel Larraín, diría que "Alberto Hurtado fue una visita de Dios a Chile".

7.- La influencia ignaciana.

Uno va recibiendo a lo largo de la vida los influjos de las gentes y del ambiente físico y moral que lo rodea. Los siete años del Colegio fueron de una experiencia riquísima que siempre recordaré con gratitud y con cariño. Señalaré algunas vivencias:

- *El delantal* a cuadritos blancos y negros ceñido con cinturón negro. En la parte interior superior cabían los panes que sacábamos del comedor después de comido el postre. El mozo más conocido era el “Macho Santo”, macizo y bigotudo y con una gran prominencia (elefantiasis) entre las piernas.

- *El Coro*. Dirigido por el maestro organista Aracena Infanta amenizaba las celebraciones que se efectuaban en el Salón de Actos y cantaba durante las Misas. Nos disputábamos con Ignacio Huidobro el papel de solista; allí aprendí varias arias de óperas y el inolvidable “Los Granaderos”. Entonábamos con fuerza el himno del Colegio: *“Inmortal adalid de la Iglesia, héroe fiel de la gloria de Dios (bis); Salve Ignacio caudillo que guías a luchar a tu joven legión entregando de Cristo a las lides a tu ardiente y leal juventud (bis)”*

En la clase de Música del guatón Laurent yo hacía gala de mis condiciones de tenor. Nos enseñaban el himno de la Falange española y yo lo ridiculizaba cambiándole la letra: *“Cara al sol con la camisa nueva que tu bordaste en rojo ayer me hallará la muerte si me lleva y no te vuelvo a ver”*, que yo entonaba: *“cara al sol con la camisa afuera”*...Fué el primer 2 en conducta que me saqué y perdí el premio de Excelencia que se entregaba al fin del año.

- *La Revista de Gimnasia*. En el mes de Septiembre, vestidos de pantalón largo blanco y camisa del mismo color, las Divisiones mostraban los ejercicios que habían aprendido durante el curso. La Primera División hacía demostraciones militares con fusiles verdaderos (que, según supe después, pertenecían al Colegio desde la Revolución anti-balmacedista del 91...) y se simulaba una carga a la bayoneta al grito de ¡ Viva Chile mierda ¡. El espectáculo terminaba con un desfile ante las autoridades dirigido por el Brigadier General Gabriel Valdés Subercaseaux. Durante la preparación de la presentación marcábamos el paso gritando: izquierdo, izquierdo, al compás de la marcha, pero descubrimos cambiar ese

ritmo por. “cara ‘e zorro, cara ‘e zorro, aludiendo al parecido de Valdés con el felino... Los que dirigíamos esta “innovación” éramos anotados por el Hermano Delgado y cumplíamos castigo hasta las nueve de la noche..

-*Los retiros espirituales.* A partir del 4º Año de Humanidades y durante dos o tres días el Curso completo era llevado, en un comienzo, a Calera de Tango y después a la Casa Loyola en Marruecos (que hoy se llama Padre Hurtado). Un sacerdote nos hacía reflexionar sobre nuestras vidas siguiendo el esquema de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. El silencio era de rigor y cada uno anotaba sus pensamientos en un cuaderno y los conversaba con el predicador. (Yo guardo esos cuadernos y algún día podría leerlos con algún hijo o nieto(a) ,si me lo piden.

-*El Padre Weigel.* Me hice muy amigo de este cura norteamericano que, según él decía, me cobró afecto al ver el inmenso empeño que yo ponía en los partidos de fútbol. El los observaba desde la galería del segundo piso que daba frente al patio de la Segunda División, que hacía de cancha.

Le encantaban las groserías chilenas; decía que en su lengua no había nada tan expresivo y las usó en clase de Inglés cuando , recién llegado a Chile, casi no hablaba Castellano. En clase era interrumpido a cada rato por un alumno que le gritaba asolapadamente : “cura huevón, cura huevón”, despertando las inmensas risas de todo el curso.

Después de sufrir la experiencia le pidió al “huaso” Munizaga - un interno que venía de Chillán- que le explicara lo que sucedía en clase y que él no entendía. Al comprender la situación le pidió a Munizaga que le enseñara las groserías más fuertes. En la clase siguiente cuando el gracioso repitió lo del “cura huevón”, Weigel le respondió: “*You conche de tu maire.*”. Desde entonces Weigel fue un ídolo para los alumnos.

Años después fué tanta su fama de liberal que alguien de la Compañía decretó su salida del país. El había fundado la Facultad de Teología de la Universidad Católica y gozaba de un prestigio intelectual internacional. Yo lo fui a dejar al aeropuerto. Me dejó de recuerdo el llavero de la puerta de su dormitorio grabado con su nombre y que hoy uso junto con las llaves de mi auto.

Weigel, uno de esos hombres magníficos que me ha tocado conocer. Su recuerdo trae la sonrisa al rostro: un cristiano magnífico, alegre e inteligentísimo, obediente a su Orden, nos mira desde el cielo con humor y , de repente , nos saca la madre....

.....O.....

En suma,, el Colegio me dio una formación cristiana sólida y uha hermosa devoción a la linda imagen de la Virgen del altar mayor de la Iglesia de san Ignacio. (Delante de ella, años más tarde, me reconciliaría con mi novia Carmen Gloria, que me había devuelto el anillo de compromiso).

Adquirí la costumbre de ser disciplinado y responsable y, sobre todo, gracias al Padre Hurtado aprendí a a mar a Jesús: “? *Qué ha hecho Cristo por mí? ? Qué he hcho yo por Cristo? ? Qué haría Cristo en mi lugar ?*, fueron las preguntas que aprendí de nuestro Santo y las respuestas que le dan sentido a mi vida. Esto es lo que le debo a mi Colegio para siempre. Amén.

8.- La Juventud Católica.

Fernando Aránguiz se había salido de San Ignacio en el segundo curso de Humanidades para entrar al Seminario. Dos años después dejaba esa vocación para regresar a la vida civil. Su espíritu religioso no decaía y militaba en la Acción Católica de la Parroquia del barrio, el mismo mío, y me invitaba a unirme a la cofradía.

Nuestras madres habían sido compañeras de colegio y mi hermana Teresita era muy amiga de la Isabelita Aránguiz, hermana de Fernando y que me “ligaba” fuertemente. Así, mientras yo cursaba el 4º año de Humanidades, en 1938, entré al grupito de diez integrantes de la Acción Católica juvenil de la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, muy cerca de mi casa - en la Calle Moneda con Esperanza. El equipo era presidido por Fernando y durante dos años participé en sus reuniones semanales. Es de recordar que la Acción Católica era un Movimiento de los laicos, fundado por el Papa PíoXI para colaborar con el apostolado de la Iglesia; sus ramas juveniles y de adultos, masculina y femenina, existían en todo el mundo.

En nuestras reuniones comentábamos el Evangelio sin que el cura párroco nos asesorara (él sólo oía confesiones y decía Misa....) Así fuimos madurando una comprensión de Cristo que inflamaba nuestros corazones en amor por la justicia social y por los pobres. Mayor fue nuestro “acervo doctrinario” cuando comenzamos a estudiar las Encíclicas, de León XIII - Rerum Novarum-, y de Pío XI , Quadagesimo Anno.

Eramos un grupo verdaderamente entusiasta, integrado en su mayoría por alumnos del vecino Liceo Amunátegui invitábamos a nuestros amigos a las “concentraciones Inter.-parroquiales con los compañeros de San Saturnino - del barrio Yungay - y de los Capuchinos - del barrio Plaza Brasil. El orador de fondo era Rodolfo Valdés Phillips, nuestro Presidente Nacional.

Era la época de los desfiles con banderas - influencia de los despliegues místicos del fascismo y del nazismo - y las nuestras eran enarboladas por Héctor Tagle, Rafael Martínez, Guillermo Larrañaga y Aliro Castro quienes, además, dirigían los gritos y aclamaciones.

El Asesor Nacional de la Juventud Católica era el Padre Hurtado. El asistía a las “concentraciones” que reunían a varias parroquias de un mismo sector y nos adoctrinaba con pasión. Era un líder extraordinario que nos transmitía la urgencia de trabajar en pro de la Justicia Social-. *¿Es Chile un país Católico ?*, el título de uno de sus libros, reflejaba su pensamiento y nos impregnaba de su contenido. Trataríamos de ser dignos de su ejemplo.

La escritura de estos recuerdos ha sido posible por la reiterada petición que me hiciera mi hijo José Vicente para conocer detalles de la niñez de su padre. Quiero dar gracias a él por su insistente iniciativa.

También quiero agradecer a Nadia Córdova la "confección" de este opúsculo y ruego excusar la tipografía de algunas páginas debidas al mal uso que hice de mi computador...

SANTIAGO 25 de Diciembre de 2006